

Creo en Dios

“Creamos, pues, en Jesucristo, nuestro Señor, nacido del Espíritu Santo y de la virgen María. Pues también la misma bienaventurada María concibió creyendo a quien alumbró creyendo. Después de habersele prometido el hijo, preguntó cómo podía suceder eso, puesto que no conocía varón...Creamos también nosotros para que pueda sernos también provechoso lo que se cumplió. Aunque también este nacimiento sea maravilloso, piensa, sin embargo, ¡oh hombre!, qué tomó por ti tu Dios, qué el creador por la criatura: Dios que permanece en Dios, el eterno que vive con el eterno, el Hijo igual al Padre, no desdeñó revestirse de la forma de siervo en beneficio de los siervos, reos y pecadores” (Sermón 215, 4).

“He aquí que existen el cielo y la tierra, y claman que han sido hechos, porque se mudan y cambian. Todo, en efecto, lo que no es hecho y, sin embargo, existe, no puede contener nada que no fuese ya antes, en lo cual consiste el mudarse y variar. Claman también que no se han hecho a. sí mismos: *Por eso somos, porque hemos sido hechos; no éramos antes de que existiéramos, para poder hacernos a nosotros mismos.* Y la voz de los que así decían era la voz de la evidencia. Tú eres, Señor, quien los hiciste; tú que eres hermoso, por lo que ellos son hermosos; tú que eres bueno, por lo que ellos son buenos; tú que eres Ser, por lo que ellos son. Pero ni son de tal modo hermosos, ni de tal modo buenos, ni de tal modo ser como lo eres tú, su Creador, en cuya comparación ni son hermosos, ni son buenos, ni tienen ser. Conocemos esto; gracias te sean dadas; mas nuestra ciencia, comparada con tu ciencia, es una ignorancia” (Confesiones 11, 4, 6).

“Pero ¿y qué es entonces? Pregunté a la tierra y me dijo: No soy yo; y todas las cosas que hay en ella me confesaron lo mismo. Pregunté al mar y a los abismos y a los reptiles de alma viva, y me respondieron: «No somos tu Dios; búscale sobre nosotros.» Interrogué a las auras que respiramos, y el aire todo, con sus moradores, me dijo: Engañase Anaxímenes: yo no soy tu Dios. Pregunté al cielo, al sol, a la luna y a las estrellas. Tampoco somos nosotros el Dios que buscas, me respondieron. Dije entonces a todas 'las cosas que están fuera de las puertas de mi carne: Decidme algo de mi Dios, ya que vosotras no lo sois; decidme algo de él. Y exclamaron todas con grande voz: El nos ha hecho. Mi pregunta era mi mirada, y su respuesta, su apariencia. Entonces me dirigí a mí mismo y me dije: ¿Tú quién eres?, y respondí: Un hombre. He aquí, pues, que tengo en mí prestos un cuerpo y un alma; la una, interior; el otro, exterior. ¿Por cuál de éstos es por donde debí yo buscar a mi Dios, a quien ya había buscado por los cuerpos desde la tierra al cielo, hasta donde pude enviar los mensajeros rayos de mis ojos? Mejor, sin duda, es el elemento interior, porque a él es a quien comunican sus noticias todos los mensajeros corporales, como a presidente y juez, de las respuestas del cielo, de la tierra y de todas las cosas que en ellos se encierran, cuando dicen: No somos Dios y El nos ha hecho. El hombre interior es quien conoce estas cosas por ministerio del exterior; yo interior conozco estas cosas; yo, *Yo- Alma*, por medio del sentido de mi cuerpo. Interrogué, finalmente, a la mole del mundo acerca de mi Dios, y ella me respondió: No lo soy yo, simple hechura suya” (Confesiones 10, 6, 9).

Creo en Jesucristo

“Gocémonos, pues, en esta gracia para que sea nuestra gloria el testimonio de nuestra conciencia, donde no nos gloriemos en nosotros mismos, sino en el Señor. De aquí que se haya dicho: *Tú eres mi gloria y el que levanta mi cabeza*. Pues ¿qué mayor gracia de Dios pudo brillar para nosotros que, teniendo un hijo unigénito, lo hiciera hijo del hombre, y del mismo modo, pero al revés, hiciera hijo de Dios al hijo del hombre? Busca el mérito, busca el motivo, busca la justicia, y ve si encuentras otra cosa que no sea la gracia” (Sermón 185, 3).

“Escuchad, hijos de la luz, adoptados para el reino de Dios; escuchad, hermanos amadísimos; escuchad y exultad en el Señor, justos, para que, siendo rectos, pueda conveniros la alabanza. Escuchad lo que ya sabéis, recordad lo que escuchasteis, amad lo que creéis, predicad lo que amáis. Puesto que celebramos este día aniversario, esperad el sermón que se merece este día. Ha nacido Cristo: como Dios, del Padre; como hombre, de madre; de la inmortalidad del Padre y de la virginidad de la madre. Del Padre, sin madre, y de la madre, sin padre; del Padre, sin tiempo; de la madre, sin semen; en el nacimiento del Padre es principio de la vida; en el de la madre, fin de la muerte; nacido del Padre, ordena todos los días; nacido de la madre, consagra este día” Sermón 194, 1).

“Luego ¿con quiénes es bueno Dios sino con los rectos de corazón? Pues a mí, que soy de torcido corazón, no me agradó Dios. ¿Por qué no te agradó? Porque hizo felices a los malos; y por eso vacilaron mis pies, como si mis servicios hechos a Dios fuesen vanos... Por eso precisamente estuvieron a punto de deslizarse mis pies, porque no fui recto de corazón. ¿Qué significa, pues, ser de corazón recto? Que cumple la voluntad de Dios. El uno es feliz; el otro, sufre; éste vive mal y es feliz; aquél vive según la justicia y sufre. No se enfurezca el que vive según la justicia y padece; lleva dentro lo que no tiene aquel que es feliz. No se entristezca, pues, ni se atormenta ni desfallezca. Este hombre que parece feliz tiene oro en sus cofres, y éste, en cambio, tiene a Dios en su conciencia. Ahora compara el oro con Dios, y los cofres con la conciencia. Aquél tiene algo perecedero, y lo tiene allí de donde se lo pueden robar. Este, en cambio, tiene a Dios, que no puede perecer, y lo tiene allí de donde nadie se lo puede quitar, con tal que sea de corazón recto; porque entonces entra y no sale” (Comentario a Juan 25, 17).

Fue concebido

“Mucho era para ti gustar la suavidad de Dios, porque se hallaba distante y demasiado alta, y tú demasiado bajo y yaciendo en el abismo. En medio de esta inmensa separación envió al Mediador. Tú, hombre, no podías llegar a Dios; entonces Dios se hizo hombre, y de este modo se hizo el Mediador de los hombres, el hombre Cristo Jesús, para que, si como hombre puedes acercarte al hombre y no puedes a Dios, por el hombre te acerques a Dios. Pero si únicamente fuese hombre, yendo en pos de lo que eres, jamás llegarías a Dios. Si sólo fuese Dios, no comprendiendo lo que no eres, jamás llegarías a El. Dios, pues, se hizo hombre para que, yendo en pos del hombre, lo cual puedes, llegues a Dios, lo cual no podías. El es Mediador; de aquí que se hizo suave. ¿Qué cosa más suave que el pan de los ángeles? ¿Cómo no ha de ser suave el Señor, siendo así que el hombre comió el pan de los ángeles? No vive el hombre debido a un motivo, y el ángel a otro. El es la verdad, El es la sabiduría, El es la fortaleza de Dios; pero tú no puedes gozarte, como se gozan de El los ángeles” (Comentario al salmo 134, 5).

“Oigámosle a El: *Yo soy el camino, y la verdad, y la vida*. Si vas en busca de la verdad, sigue el camino, ya que el camino mismo es la verdad. El es el término adonde vas y por donde vas. No vas por una cosa a otra distinta; no vas a Cristo por medio de una cosa distinta de El; vas a Cristo por Cristo mismo. ¿Cómo por Cristo a Cristo? Por Cristo hombre a Cristo Dios, por el Verbo hecho carne al Verbo que en el principio era Dios en Dios; por aquello que comen los hombres a lo que comen todos los días los ángeles” (Comentario a Juan 13, 4).

“Ante todo, hermanos, ayunad de porfías y discordias. Acordaos del profeta que reprobaba a algunos, diciendo: *En los días de vuestro ayuno se manifiestan vuestras voluntades, puesto que claváis el aguijón a cuantos están bajo vuestro yugo y herís a puñetazos; vuestra voz se oye en el clamor*, etc. Dicho lo cual, añadió: *No es éste el ayuno que yo he elegido, dice el Señor*. Si queréis gritar, repetid aquel clamor del que está escrito: *Con mi voz clamé al Señor*. No es un clamor de lucha, sino de caridad; no de la carne, sino del corazón. No es aquel del que se dice: *Esperaba que cumpliera la justicia, y, en cambio, obró la iniquidad; esperaba justicia, pero sólo hubo clamor. Perdonad, y se os perdonará; dad, y se os dará*. Estas son las dos alas de la oración con las que se vuela hacia Dios: perdonar al culpable su delito y dar al necesitado” (Sermón 205, 3).

“Todos pecan contra la misma caridad, puesto que donde existe la caridad plena y perfecta no puede haber pecado. Es ella misma la que crece en nosotros para llegar alguna vez a la perfección, y a tal perfección que no admita adición alguna. Cuando sea tan perfecta que no pueda crecer ni aumentar más, desaparecerá todo pecado. Pero ¿cuándo se dará esto sino cuando la muerte sea absorbida en la victoria? Puesto que no habrá ningún pecado, se dirá entonces: *¿Dónde está, oh muerte, tu contienda? ¿Dónde, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde?* He aquí que no existe; he aquí que ya no punzas, ya no derribas. *¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?* ¿Y qué significa: *Dónde está tú aguijón?* Escucha a quien te lo explica: *El aguijón de la muerte es el pecado*” (Sermón 179, 5).

Padeció bajo el poder

“Celebremos con alegría la llegada de nuestra salvación y redención. Celebremos este día de fiesta en que el día grande y eterno desde aquel día grande y eterno vino a este nuestro día, breve y temporal. El *se hizo para nosotros justicia, santificación y redención, para que, como está escrito, quien se gloríe, se gloríe en el Señor*. Para que no nos asemejemos a la soberbia de los judíos, que, *ignorando la justicia de Dios y queriendo establecer la suya propia, no se sometieron a la de Dios*, después de haber dicho *la verdad ha brotado de la tierra*, añadió inmediatamente *y la justicia ha mirado desde el cielo...* Por tanto, *quien se gloríe, no se gloríe en sí, sino en el Señor*. Por esto, pues, una vez nacido de la virgen el Señor, cuya natividad celebramos hoy, resonó el canto angélico: *Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad*. ¿A qué se debe que haya paz en la tierra sino a que *la verdad ha brotado de la tierra*, es decir, a que Cristo ha nacido de la carne? *El es también nuestra paz, que de dos pueblos hizo uno*, para que nos convirtamos en hombres de buena voluntad, dulcemente unidos en el vínculo de la caridad. Gocémonos, pues, en esta gracia para que sea nuestra gloria el testimonio de nuestra conciencia, donde no nos gloriemos en nosotros mismos, sino en el Señor. De aquí que se haya dicho: *Tú eres mi gloria y el que levanta mi cabeza*. Pues ¿qué mayor gracia de Dios pudo brillar para nosotros que, teniendo un hijo unigénito, lo hiciera hijo del hombre, y del mismo modo, pero al revés, hiciera hijo de Dios al hijo del hombre? Busca el mérito, busca el motivo, busca la justicia, y ve si encuentras otra cosa que no sea la gracia” (Sermón 185, 2-3).

“El, en cambio, dice: *Yo soy el camino, la verdad y la vida*. Nosotros gozaremos con plenitud de la verdad cuando le veamos a El cara a cara; esto también se nos promete. Pues ¿quién tendría la audacia de esperar lo que Dios no hubiese tenido la dignación de prometernos o de darnos? *Le veremos a El cara a cara*. Dice el Apóstol: *Yo ahora conozco sólo en parte, ahora sólo en espejo y enigma, pero después yo le veré a El cara a cara...* En el seno del Padre está la verdad y la vida; vestido de nuestra carne, es el camino. No se te dice: Suda trabajando en la búsqueda del camino por el que llegues a la verdad y a la vida; no se te dice eso. Levántate, perezoso: el camino mismo ha venido a tu encuentro y te despertó del sueño a ti que estabas dormido (si es que te despertó): *Levántate y anda*. Tal vez hagas esfuerzos para andar y no puedas, porque te duelen los pies. ¿Por qué te duelen? ¿Es, por ventura, porque anduvieron caminos difíciles bajo el tiránico imperio de la avaricia?” (Comentario a Juan 34, 9).

Descendió a los infiernos

“La verdad ha surgido de la tierra. Creó todas las cosas, y entre ellas fue creado él; hizo el día, y vino al día; existía antes del tiempo, y selló el tiempo. Cristo el Señor existe sin comienzo y por siempre junto al Padre. Pregunta, no obstante: —¿Qué es el día de hoy? — Es el día del nacimiento. —¿De quién? —Del Señor. —¿Tiene él día de nacimiento? —Lo tiene. —La Palabra que existía en el principio, Dios junto a Dios, ¿tiene día de nacimiento? —Sí, lo tiene. —Si él no hubiera tenido generación humana, no llegaríamos nosotros a la regeneración divina: nació para que renaciéramos. Nadie dude de que puede renacer: Cristo ha nacido; fue engendrado, pero no ha de ser regenerado. ¿Quién necesitaba la regeneración sino aquel cuya generación estaba condenada? Hágase presente en nuestros corazones su misericordia. Su madre lo llevó en el seno; llevémosle nosotros en el corazón; la virgen quedó grávida por la encarnación de Cristo; queden grávidos nuestros pechos por la fe en Cristo; ella alumbró al salvador; alumbremos nosotros alabanzas. No seamos estériles, sean nuestras almas fecundas para Dios” (Sermón 189, 3).

*“Se anonadó, pues, ante los hombres; pero este anonadamiento no consistió en dejar de ser lo que era cuando se hizo lo que no era, sino en ocultar lo que era y manifestar lo que se había hecho. Por consiguiente, puesto que la virgen concibió y parió un hijo, dada la manifiesta forma de siervo, *nos ha nacido un niño*. Puesto que la Palabra de Dios que permanece por siempre se hizo carne para habitar en medio de nosotros, dada la forma de Dios, oculta, pero estable, le ponemos *por nombre Enmanuel*, como lo anunció Gabriel. Permaneciendo en su ser, Dios se hizo hombre, para que justamente se llame al hijo del hombre *Dios con nosotros*; no es Dios uno y hombre otro. Regocíjese, pues, el mundo en las personas de los creyentes, por cuya salvación vino el salvador del mundo. El creador de María nació de María; es hijo de David el señor de David; del linaje de Abrahán quien existe antes que Abrahán. El creador de la tierra fue hecho en la tierra; el creador del cielo fue creado bajo el cielo. El es el día que hizo el Señor, y el Señor mismo es el día de nuestro corazón. Caminemos en su luz, exultemos y gocémonos en él” (Sermón 187, 4).*

*“La fe de los cristianos conoce lo que nos ha aportado la humildad de tan gran excelsitud; de ello se mantiene alejado el corazón de los impíos, pues *Dios escondió estas cosas a los sabios y prudentes y las reveló a los pequeños*. Posean, por tanto, los humildes la humildad de Dios para llegar a la altura también de Dios con tan grande ayuda, cual jumento que soporta su debilidad. Aquellos sabios y prudentes, en cambio, cuando buscan lo excelso de Dios y no creen lo humilde, al pasar por alto esto y, en consecuencia, no alcanzar aquello debido a su vaciedad y ligereza, a su hinchazón y orgullo, quedaron como colgados entre el cielo y la tierra, en el espacio propio del viento... Así, por lo que se refiere a Cristo, hombre y Dios, como no pueden creer lo humano, lo desprecian, y como no pueden despreciar lo divino, no lo creen. Para nosotros, en cambio, el cuerpo humano que tomó la humildad de Dios ha de sernos cosa tan grata como para ellos es abyecta, y el parto virginal en el nacimiento humano, cosa tanto más divina cuanto más imposible es para ellos” (Sermón 164, 1).*

“Estando así las cosas, hermanos, aún somos peregrinos en esta vida, aún suspiramos, mediante la fe, por aquella no sé qué patria. Y ¿por qué hablo de no sé qué patria, a pesar de ser ciudadanos de ella, sino porque, peregrinando muy lejos, la hemos olvidado, hasta el

punto de poder hablar como yo lo he hecho? Este olvido lo expulsa del corazón Cristo el Señor, el rey de la misma patria, viniendo a encontrar a los peregrinos; tomando la carne, su divinidad se convierte para nosotros en camino para que caminemos por Cristo hombre y permanezcamos en Cristo Dios... ¿Qué decir del Apóstol? El consuela nuestra ignorancia y edifica nuestra fe al afirmar: *Hermanos, yo no pienso haberla alcanzado. Pero una sola cosa persigo: olvidando lo de atrás y en tensión hacia lo que está delante, persigo la palma de la suprema vocación*; palabras con las que demuestra que aún se encuentra en el camino. Y en otro lugar dice: *Mientras vivimos en este cuerpo somos peregrinos lejos del Señor, pues caminamos por la fe, no por la visión*. Y también: *En esperanza hemos sido salvados. La esperanza que se ve no es esperanza, pues lo que no ve, cómo lo espera? Mas, si esperamos lo que no vemos, por la paciencia lo esperamos*” (Sermón 362, 4).

Subió al cielo

“En cuanto Dios, de padre; en cuanto hombre, de madre; en cuanto Dios, sin madre, y en cuanto hombre, sin padre. Pues *¿quién narrará su generación?* 2 Tanto aquella, fuera del tiempo, como ésta, sin semen; aquella, sin comienzo; ésta, sin otra igual; aquella, que existió siempre; ésta, que no tuvo repetición ni antes ni después; aquella, que no tiene fin; ésta, que tiene el comienzo donde el fin. Con razón, pues, los profetas anunciaron que había de nacer, y los cielos y los ángeles, en cambio, que había nacido. El que contiene el mundo yacía en un pesebre; no hablaba, y era la Palabra. Al que no contienen los cielos, lo llevaba el seno de una sola mujer: ella gobernaba a nuestro rey; ella llevaba a aquel en quien existimos; ella amamantaba a nuestro pan. ¡Oh debilidad manifiesta y humildad maravillosa, en la que de tal modo se ocultó la divinidad! Gobernaba con el poder a la madre, a la que estaba sometida su infancia, y alimentaba con la verdad a aquella cuyos pechos le amamantaban. Complete en nosotros sus dones el que no desdeñó asumir también nuestros comienzos; háganos también hijos de Dios el que por nosotros quiso ser hijo del hombre” (Sermón 184, 3).

“Por tanto, *quien se gloríe, no se gloríe en sí, sino en el Señor.* Por esto, pues, una vez nacido de la virgen el Señor, cuya natividad celebramos hoy, resonó el canto angélico: *Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad.* ¿A qué se debe que haya paz en la tierra sino a que *la verdad ha brotado de la tierra*, es decir, a que Cristo ha nacido de la carne? *El es también nuestra paz, que de dos pueblos hizo uno*, para que nos convirtamos en hombres de buena voluntad, dulcemente unidos en el vínculo de la caridad” (Sermón 185, 3).

“Pues si no se hizo hijo del hombre el que es siempre hijo de Dios, ¿cómo dice el Apóstol: *Quien, existiendo en la forma de Dios, no consideró una rapiña el ser igual a Dios, sino que se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo, y, hecho a semejanza de los hombres, en el porte fue hallado como un hombre?* Ningún otro, sino el que en la forma de Dios era igual al Padre —con toda certeza, el hijo unigénito de Dios—, *se anonadó a sí mismo, hecho a semejanza de los hombres.* Ningún otro se humilló sino el mismo que en la forma de Dios era igual al Padre; no humilló a otro, sino *a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.* Todo lo cual lo hizo el Hijo de Dios en la forma por la que es hijo del hombre. Más aún: si no se hizo hijo del hombre el que es siempre hijo de Dios, ¿cómo dice el Apóstol a los romanos: *Separado para el evangelio de Dios que había prometido de antemano, por medio de los profetas, en las santas Escrituras referente a su hijo, que se hizo para él del linaje de David según la carne?* He aquí al Hijo de Dios, que, sin duda, existía desde siempre, hecho del linaje de David según la carne, cosa que no era. Más todavía: si no se hizo hijo del hombre el que es hijo de Dios” (Sermón 186, 3).

“Esa es, pues, la luz que creó la luz ésta; amémosla a ella, anhelemos su inteligencia y tengamos de ella sed ardiente, con el fin de que, bajo su dirección misma, lleguemos a ella y vivamos en ella, para que me muramos en absoluto jamás. Esta es, pues, la luz aquella acerca de la cual la antigua profecía hizo en el Salmo esta predicción: *Tú, ¡oh Señor!, salvarás a los hombres y a los jumentos, según la multiplicidad, ¡oh Dios!, de tu misericordia.* Pues como eres Dios y es múltiple tu misericordia, esta tu misma

multiplicidad llega no sólo hasta el hombre, que creaste a tu imagen, sino también a los animales, que sometiste a los hombres” Comentario a Juan 34,3).

“Hemos recibido de su plenitud primero gracia y de nuevo gracia, gracia por gracia. ¿Cuál es la gracia que primero hemos recibido? La fe. Caminar a la luz de la fe es caminar a la luz de la gracia. ¿Cómo hemos merecido esta gracia? ¿Por qué méritos nuestros anteriores? Nadie se halague a sí mismo. Que de nuevo entre cada cual en su conciencia, escudriñe las interioridades más íntimas de sus pensamientos y repase la historia de su vida. No mire lo que ahora es, si es que es algo ya. Mire más bien lo que ha sido antes de ser ese algo que ahora es. Verá que no ha merecido sino castigo. Si no mereciste más que castigos, y ha venido Cristo no a castigar tus pecados, sino a darte perdón de ellos, es una gracia lo que te da, no una retribución. ¿Cuál es la significación de la palabra *gracia*? *Don gratuito*. Lo que has recibido no es compra de tus anteriores méritos” (Comentario a Juan 3, 8).

Desde allí ha de venir

“Pero hoy hemos de hablar de aquellos a quienes la fe condujo a Cristo desde tierras lejanas. Llegaron y preguntaron por él, diciendo: *¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Hemos visto su estrella en el oriente y venimos a adorarlo.* Anuncian y preguntan, creen y buscan, como simbolizando a quienes caminan en la fe y desean la realidad. ¿No habían nacido ya anteriormente en Judea otros reyes de los judíos? ¿Qué significa el que éste sea reconocido por unos extranjeros en el cielo y sea buscado en la tierra, que brille en lo alto y esté oculto en lo humilde?... Aquí Cristo aparece más bien como señor que como sometido a ella, pues la estrella no mantuvo en el cielo su ruta sideral, sino que mostró el camino hasta el lugar en que había nacido a los hombres que buscaban a Cristo. En consecuencia, no fue ella la que de forma maravillosa hizo que Cristo viviera, sino que fue Cristo quien la hizo aparecer de forma extraordinaria. Tampoco fue ella la que decretó las acciones maravillosas de Cristo, sino que Cristo la mostró entre sus obras maravillosas. El, nacido de madre, desde el cielo mostró a la tierra un nuevo astro; él que, nacido del Padre, hizo el cielo y la tierra. Cuando él nació apareció con la estrella una luz nueva; cuando él murió se veló con el sol la luz antigua. Cuando él nació, los habitantes del cielo brillaron con un nuevo honor; cuando él murió, los habitantes del infierno se estremecieron con un nuevo temor. Cuando él resucitó, los discípulos ardieron de un nuevo amor, y cuando él ascendió, los cielos se abrieron con nueva sumisión” (S3ermón 199, 2-3).

“En efecto, quien al morir oscureció el sol antiguo, él mismo al nacer manifestó la nueva estrella. Aquella luz dio comienzo a la fe de los gentiles, aquellas tinieblas fueron una acusación contra la perfidia de los judíos. ¿Qué estrella era aquella que jamás había aparecido antes entre los astros ni permaneció después para que pudiéramos verla? ¿Qué otra cosa era sino la extraordinaria lengua del cielo aparecida para narrar la gloria de Dios y proclamar con su inusitado fulgor el inusitado parto de una virgen, a la que había de suceder, una vez desaparecida ella, el Evangelio por todo el orbe de la tierra? Finalmente, ¿qué dijeron los magos al llegar? *¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido?* ¿Qué significa esto? ¿Acaso no habían nacido antes numerosos reyes de los judíos? ¿Por qué tanto empeño en conocer y adorar al rey de un pueblo extraño? *Hemos visto, dijeron, su estrella en el oriente, y hemos venido a adorarlo.* ¿Acaso le buscarían con tanta devoción, le desearían con afecto tan piadoso, si no hubiesen reconocido en el rey de los judíos al que es también rey de los siglos?” (Sermón 201, 1).

“¿Qué misericordia pudo descender sobre los desdichados mayor que aquella que hizo bajar del cielo al creador del cielo y revistió de un cuerpo terreno al creador de la tierra? Al que desde la eternidad permanece igual al Padre, le hizo igual a nosotros por la mortalidad, otorgó forma de siervo al señor del mundo, de forma que el pan sintió hambre, la saciedad sed, la fortaleza se hizo débil, la salud fue herida y la vida murió. Y todo ello para saciar nuestra hambre, regar nuestra sequedad, consolar nuestra debilidad, extinguir la iniquidad e inflamar la caridad. El creador es creado, el señor sirve, el redentor es vendido, quien exalta es humillado, quien resucita muere: ¿hay mayor misericordia?... Se nos manda que recibamos al peregrino; él vino por nosotros a su propia casa, y los suyos no lo recibieron. Bendígalo nuestra alma a él, que se muestra misericordioso con todas sus iniquidades; a él, que sana todas sus dolencias, que libra su vida de la corrupción, que la corona en su compasión y misericordia; él, que sacia de bienes sus deseos” (Sermón 207, 1).

Creo en el Espíritu Santo

“A partir de aquí puede comprender la mente cristiana cuan lejos debe mantenerse de robar lo ajeno, si advierte que es una especie de robo el no dar al necesitado lo que le sobra. Dice el Señor: *Dad, y se os dará; perdonad, y seréis perdonados*. Entreguémonos con fervor a estos dos modos de limosna: el dar y el perdonar, nosotros que pedimos al Señor que nos otorgue sus bienes y no nos pida cuenta de nuestros males. *Dad*, dice, *y se os dará*. ¿Hay cosa más auténtica y más justa que quien se niega a dar, él mismo se defraude y no reciba nada? Si se comporta con desfachatez el agricultor que va a buscar la cosecha donde sabe que no sembró, ¡cuánto mayor no es la desfachatez de quien busca la riqueza de Dios para que le dé, después de que él no quiso escuchar al pobre que le pedía a él! Dios, que no sufre hambre, quiso, no obstante, ser alimentado en la persona del pobre. Por tanto, no despreciemos a nuestro Dios necesitado en la persona del pobre, para que, cuando nos sintamos necesitados, nos saciemos en quien es rico” (Sermón 206, 2).

“Lo que dijo en un lugar: *La plenitud de la ley es el amor*, es lo mismo que dijo en el otro: *El fin del precepto es el amor*. No puede dudarse en modo alguno que el hombre en el que habita el amor sea templo de Dios, pues dice también Juan: *Dios es amor*. Al decirnos esto los apóstoles y confiarnos la excelencia del amor, están indicando que no comieron otra cosa sino lo que manifiestan esos eructos. El mismo Señor que los alimentó con la palabra de la verdad y del amor que es el mismo pan vivo que ha bajado del cielo, dijo: *Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros*. Y también: *En esto conocerán todos que sois mis discípulos: si os amáis los unos a los otros*. El que vino a dar muerte a la corrupción de la carne a través de la ignominia de la cruz y a desatar con la novedad de su muerte la cadena vetusta de la nuestra, creó un hombre nuevo con el mandamiento nuevo. Que el hombre muriera era, efectivamente, algo muy antiguo; para que no siempre fuese realidad en el hombre, aconteció algo nuevo: que Dios muriera. Mas como murió en la carne, pero no en la divinidad, mediante la vida sempiterna de su divinidad no permitió que fuese eterna la perdición de la carne” (Sermón 350. 1).

“Por tanto, hermanos, perseguid el amor, el dulce y saludable vínculo de las mentes, sin el que el rico es pobre y con el que el pobre es rico. El amor da resistencia en las adversidades y moderación en la prosperidad; es fuerte en las pruebas duras, alegre en las buenas obras, confiado en la tentación, generoso en la hospitalidad, alegre entre los verdaderos hermanos, pacientísimo entre los falsos. Grato en Abel por su sacrificio, seguro en Noé por el diluvio, lleno de fidelidad en las peregrinaciones de Abrahán, suavísimo en medio de injurias en Moisés, mansísimo frente a las tribulaciones en David. En los tres niños espera con inocencia las blandas llamas, en los Macabeos tolera con fortaleza los fuegos atroces; es casto en Susana con respecto a su marido, en Ana después de muerto su marido, en María sin marido. Es libre en Pablo para argüir, humilde en Pedro para obedecer, humano en los cristianos para confesarle, divino en Cristo para perdonar. Pero ¿puedo yo decir algo mejor y más abundante a propósito del amor que las alabanzas que le prodiga el Señor por boca del Apóstol?” (Sermón 350, 3).

“Tales cosas debéis decirlas con ardor, pero suavemente. Decidlas inflamados en el fuego de la caridad, no hinchados por la disensión, y suplicad conmigo al Señor con ayunos

solemnes. Lo que ya hicimos por Dios, hagámoslo también por esta causa... Mas ¿qué hacemos? Supliquemos al médico mismo ayunando con corazón humilde, piadosa confesión y temor fraterno. Ofrezcamos a Dios nuestra piedad, y a los hermanos nuestro amor. Aumenten, pues, nuestras limosnas, gracias a las cuales serán oídas más fácilmente nuestras oraciones. Practicad la hospitalidad” (Sermón 357, 5).

Creo en la Iglesia

“Cuando hayas conseguido los tres panes, es decir, el alimento que es el conocimiento de la Trinidad, tendrás con qué vivir tú y con qué alimentar al otro. No tengas miedo de que venga un peregrino de viaje; al contrario, hazle miembro de tu familia recibéndole. No temas tampoco que se te acaben las provisiones. Ese pan no se termina; antes bien, terminará él con tu indigencia. Es pan, y es pan, y es pan: Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. Eterno el Padre, coeterno el Hijo y coeterno el Espíritu Santo. Inmutable el Padre, inmutable el Hijo e inmutable el Espíritu Santo. Creador tanto el Padre como el Hijo, como el Espíritu Santo. Pastor y dador de vida tanto el Padre como el Hijo, como el Espíritu Santo. Alimento y pan eterno el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Aprende esto tú y enséñalo. Vive tú de él y alimenta al otro. Dios, que es quien da, no puede darte cosa mejor que a sí mismo. ¡Avaro! ¿Qué otra cosa deseas? Si pides algo más, ¿qué te ha de bastar, si Dios no te basta?” (Sermón 105, 4).

“El sustento incluye también el vestido, pero aquí se toma la parte por el todo. Cuando pedimos pan recibimos con él todas las cosas. Los bautizados conocen también un alimento espiritual, que también vosotros estáis seguros de recibirlo en el altar de Dios. También él será pan de cada día, necesario para esta vida. ¿O acaso hemos de recibir la Eucaristía cuando hayamos llegado a Cristo y comencemos a reinar con él por toda la eternidad? La Eucaristía, en consecuencia, es nuestro pan de cada día pero recibámoslo de manera que no sólo alimentemos el vientre, sino también la mente. La fuerza que en él se simboliza es la unidad, para que agregados a su cuerpo, hechos miembros suyos, seamos lo que recibimos. Entonces será efectivamente nuestro pan de cada día. Lo que yo os expongo es pan de cada día. Pan de cada día es el escuchar diariamente las lecturas en la Iglesia; pan de cada día es también el oír y cantar himnos. Cosas todas que son necesarias en nuestra peregrinación” (Sermón 57, 7).

“¿Qué dice, pues, el Señor? *Servid al Señor con temor y rendidle homenaje temblando*. Lo mismo el Apóstol: *Con temor y temblor obrad vuestra propia salvación*, por ser Dios quien en vosotros obra. Luego *rendidle homenaje temblando*. *No sea que se irrite el Señor...* Veo ya en vuestras aclamaciones que os habéis adelantado; ya sabéis lo que voy a decir; esos gritos lo anuncian con anticipación. Y ¿cómo lo sabéis sino por habérselo enseñado aquel a quien os condujo la fe? Dice, pues...; oíd lo que ya sabéis; no os enseño nada nuevo; me limito a recordároslo en esta plática; o mejor dicho, ni enseño ni recuerdo nada; lo uno, porque ya lo sabéis; lo otro, porque ya lo habéis recordado; así, pues, repitamos juntos lo que sabéis lo mismo que yo. Esto dice el Señor: *Aprended la lección y festejadle*; pero con temblor, guardando siempre con humildad lo que habéis recibido. *No sea que se enoje el Señor*; contra los soberbios, desde luego, que se atribuyen a sí mismos lo que tienen y no dan las debidas gracias al autor de quien lo tienen” (Sermón 131, 5).

Creo en el perdón de los pecados.

“¿Y qué significa la *paz sobre paz* que promete en otro lugar por boca de un profeta? Que también el sábado simbolizado en el día séptimo, aunque esté dentro del mismo círculo temporal de días, tiene ciertamente su descanso, el prometido a los santos en esta tierra. A los que ya descansan en su Dios después de obrar el bien, ninguna borrasca de este mundo los inquieta. Para simbolizar todo esto con mucha antelación, él mismo descansó en el séptimo día después de haber creado todas las cosas buenas... Una cosa es el reposo en el Señor todavía en medio de estos tiempos, lo que está simbolizado en el séptimo día o sábado, y otra el trascender todos los tiempos y unirse por siempre al artífice de los mismos, cosa simbolizada en el octavo día, que, al no entrar en rotación con los demás, se convierte en apuntador de la eternidad. En efecto, el circuito del tiempo se desenvuelve en el retorno continuo de los ciclos de siete días. Pero los amigos del mundo no están incluidos dentro del simbolismo de estos días, pues no desean el reposo del sábado espiritual, desde el que su mente pueda alargarse a la eternidad del día octavo” (Sermón 261, 4).

“*Alabad a Dios*. Alabemos, pues, al Señor nuestro Dios no sólo con la voz, sino también de corazón, porque quien lo alaba de corazón, lo alaba con la voz del hombre interior. La voz que dirigimos a los hombres es un sonido; la que dirigimos a Dios es el afecto” (Sermón 257, 1).

“Que el tocar es sinónimo de creer, pienso que podemos advertirlo fácilmente en el relato sobre aquella mujer que tocó la orla del vestido del Señor y quedó curada. Recordáis el evangelio. Iba Jesucristo el Señor a visitar a la hija del jefe de la sinagoga, de quien le habían anunciado primero su enfermedad y luego su muerte. He aquí que, cuando él se dirigía hacia la casa, se le acercó de lado una mujer que padecía desde hacía doce años un flujo de sangre y que había gastado todos sus bienes en médicos que inútilmente le hacían curas, pues no sanaba; decía ella para sí: *Si toco la orla de su vestido, sanaré*. El simple decir esto equivalió a tocarlo. Mas escucha la frase. Cuando ya se encontraba sana gracias a su fe, dice el Señor Jesucristo: *Alguien me ha tocado*. Los discípulos le contestan: *ha multitud te apretuja, y tú preguntas: «¿Quién me ha tocado?»* Y él: *Alguien me ha tocado, pues yo sé que de mí ha salido una fuerza*. De él salió la gracia que la sanó, sin que él sufriera mengua. Le dicen, pues, los discípulos: «La multitud te está apretujando, ¿y tú solo has sentido a uno o una?»; a lo que les contesta: *Alguien me ha tocado*; los otros lo apretujan, ésta lo ha tocado. ¿Qué quiere decir esto? Los judíos lo afligieron, la Iglesia creyó” (Sermón 245, 3).

“Oigo la voz de mi Dios, que manda: *No se agraven vuestros corazones en la crápula y embriaguez...* Tú tendrás misericordia a fin de que se aleje también de mí; porque *nadie puede ser continente si tú no se lo dieres*. Muchas cosas nos concedes cuando oramos; mas cuanto de bueno hemos recibido antes de que orásemos, de ti lo recibimos, y el que después lo hayamos conocido, de ti lo recibimos también... Ni aun aquel a quien, diciendo tales cosas bajo el soplo de tu divina inspiración, amé en extremo pudo algo por sí, porque era también polvo. *Todo lo puedo*—dice— *en aquel que me conforta*. Confórtame, pues, para que pueda; da lo que mandas y manda lo que quieras. Confiesa éste haberlo recibido todo, y de lo que *se gloria se gloria en el Señor*” (Confesiones 10, 31, 45).

Creo en la resurrección de la carne

“¿Qué hay más alejado y más separado entre sí que Dios y el hombre, el inmortal y los mortales, el justo y los pecadores? Lejanía que no resulta de la distancia, sino de la semejanza. Es la misma forma de hablar que usamos cuando decimos de dos hombres de diversas costumbres: «Está muy lejos el uno del otro». Aunque esté uno junto al otro, aunque habiten más cerca todavía uno del otro... A pesar de estar el inmortal y el justo lejos de nosotros en cuanto mortales y pecadores, descendió hasta nosotros para hacerse cercano a nosotros el que estaba lejano. ¿Y qué hizo? El tenía dos bienes y nosotros dos males; sus dos bienes eran la justicia y la inmortalidad; nuestros dos males, la iniquidad y la mortalidad; si hubiese asumido nuestro doble mal, se hubiese hecho igual a nosotros y con nosotros hubiese necesitado liberador. ¿Qué hizo, pues, para estar cercano a nosotros? Cercano, es decir, no como nosotros, sino casi como nosotros. Considera estas dos cosas: es justo e inmortal; en tus dos males, una cosa es la culpa y otra la pena; la culpa es aquello por lo que carece de justicia, y la pena aquello que te hace mortal. El, para hacerse cercano a ti, asumió tu pena, pero no tu culpa, y si la asumió fue para borrarla, no para perpetrarla” (Sermón 171, 3).

*“Yo soy el pan vivo que descendí del cielo. Pan vivo precisamente, porque descendí del cielo. El maná también descendió del cielo; pero el maná era la sombra, éste la verdad. Si alguien comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo le daré es mi carne, que es la vida del mundo. ¿Cuándo iba la carne a ser capaz de comprender esto de llamar al pan carne? ¿Se da el nombre de carne a lo que la carne no entiende; y tanto menos comprende la carne, porque se llama carne. Esto fue lo que les horrorizó, y dijeron que esto era demasiado y que no podía ser. Mi carne, dice, es la vida del mundo. Los fieles conocen el cuerpo de Cristo si no desdennan ser el cuerpo de Cristo. Que lleguen a ser el cuerpo de Cristo si quieren vivir del Espíritu de Cristo. Del Espíritu de Cristo solamente vive el cuerpo de Cristo. Comprended, hermanos, lo que he dicho. Tú eres hombre, y tienes espíritu y tienes cuerpo. Este espíritu es el alma, por la que eres hombre. Tu ser es alma y cuerpo. Tienes espíritu invisible y cuerpo visible. Dime qué es lo que recibe la vida y de quién la recibe. ¿Es tu espíritu el que recibe la vida de tu cuerpo o <es tu cuerpo el que recibe la vida de tu espíritu? Responderá todo el que vive (pues el que no puede responder a esto, no sé si vive). ¿Cuál será la respuesta de quien vive? Mi cuerpo recibe ciertamente de mi espíritu la vida. ¿Quieres, pues, tú recibir la vida del Espíritu de Cristo? Incorpórate al cuerpo de Cristo. ¿Por ventura vive mi cuerpo de tu espíritu? Mi cuerpo vive de mi espíritu, y tu cuerpo vive de tu espíritu. El mismo cuerpo de Cristo no puede vivir sino del Espíritu de Cristo. De aquí que el apóstol Pablo nos hable de este pan, diciendo: *Somos muchos un solo pan, un solo cuerpo*, ¡ Oh qué misterio de amor, y qué símbolo de la unidad, y qué vínculo de la caridad! Quien quiere vivir sabe dónde está su vida y sabe de dónde le viene la vida. Que se acerque, y que crea, y que se incorpore a este cuerpo, para que tenga participación de su vida. No le horrorice la unión con los miembros, y no sea un miembro podrido, que deba ser cortado; ni miembro deforme, de quien el cuerpo se avergüence; que sea bello, proporcionado y sano, y que esté unido al cuerpo para que viva de Dios para Dios, y que trabaje ahora en la tierra para reinar después en el cielo” (Comentario a Juan 26, 13).*

Creo en la vida eterna

“Alabemos, pues, amadísimos, al Señor que está en los cielos. Alabemos a Dios. Digamos el *Aleluya*. Hagamos de estos días un símbolo del día sin fin. Hagamos del lugar de lo mortal un símbolo del tiempo de la inmortalidad. Apresurémonos en llegar a la casa eterna. *Dichosos los que habitan en tu casa, Señor; te alabarán por los siglos de los siglos*. Lo dice la ley, la Escritura, la Verdad: hemos de llegar a la casa de Dios que está en los cielos. Allí alabaremos a Dios no cincuenta días, sino —como está escrito— *por los siglos de los siglos*. Lo veremos, lo amaremos y lo alabaremos; ni desaparecerá el ver, ni se agotará el amar, ni callará el alabar; todo será eterno, nada tendrá fin. Alabémoslo, alabémoslo; pero no sólo con la voz; alabémoslo también con las costumbres. Alábelo la lengua, alábelo la vida; no vaya en desacuerdo la lengua con la vida, antes bien tengan un amor infinito” (Sermón 254, 8).

“Aquí hay nido, hay peregrinación, sollozos, tribulación y apisonamiento porque hay lagar. ¿Qué es, pues, lo que desea? ¿Qué anhela? ¿Adonde va? ¿Adonde se encamina nuestro anhelo? ¿Adonde nos arrastra? Colocado aquí medita aquellas cosas; colocado en medio de las tentaciones y de las angustias de los lagares, suspira por las celestes promesas; como recordando qué ha de hacer allí, reflexiona con antelación sobre los goces futuros. Y así dice: *Bienaventurados los que habitan en tu casa*. ¿Cómo han de ser bienaventurados? ¿En dónde han de habitar? ¿Qué han de hacer?... Luego *bienaventurados los que habitan en tu casa*. Todos poseen la celestial Jerusalén sin estrechez, sin opresión, sin diversidad y división de límites; todos la poseen y cada uno la posee por completo. Sus riquezas son inmensas. Allí el hermano no estrecha al hermano; allí no hay indigencia. ¿Qué han de obrar allí? La madre de todas las acciones humanas es la necesidad. Lo he dicho, hermanos, brevemente. Recorred con el pensamiento por cualquier clase de acciones, y observad que sólo las engendra la necesidad... Luego, como dijo éste anhelando y suspirando, atendiendo a nuestro anhelo, que hemos de habitar en aquella patria por la que se gime, pues dice: *Bienaventurados los que habitan en tu casa*; nos diga también qué hemos de hacer. *Por los siglos de los siglos te alabarán*. Esta será toda nuestra ocupación (cantar sin desfallecimiento el aleluya). No os parezca, hermanos, que ha de haber allí hastío, basados en que, si ahora repetís por largo tiempo esto, os cansáis; y en que la necesidad os aparte de aquel gozo. Pues, si agrada tanto lo que no se ve, si con tanto desnudo alabamos en el mismo apisonamiento y fragilidad de la carne lo que creemos, ¡cómo hemos de alabar lo que veremos! Cuando la muerte hubiere sido sumida en la victoria, cuando esto mortal se hubiere vestido de inmortalidad, y esto corruptible de incorrupción, nadie dirá por largo tiempo permanezco así; nadie dirá por largo tiempo ayuné; por largo tiempo guardé vigilia. Pues la excelsa estabilidad de allí y la misma inmortalidad de nuestro cuerpo se hallará suspenso en la contemplación de Dios” (Comentario al salmo 83, 8).

“Este sabatismo aparecerá más claro si se computa el número de edades como otros tantos días, según las Escrituras, pues que se halla ser justamente el día séptimo. La primera edad, como el primer día, se cuenta desde Adán hasta el diluvio; la segunda, desde el diluvio hasta Abrahán, aunque no comprende igual duración que la primera, pero sí igual número de generaciones, que son diez. Desde Abrahán hasta Cristo, el evangelista San Mateo cuenta tres edades, que abarca cada una catorce generaciones: una, desde Abrahán hasta David; otra, desde David hasta la cautividad de Babilonia, y la tercera, desde la cautividad

hasta el nacimiento temporal de Cristo. Tenemos ya cinco. La sexta transcurre ahora y no debe ser coartada a un número determinado de generaciones, por razón de estas palabras: *No os corresponde a vosotros conocer los tiempos que el Padre tiene reservados a su poder*. Tras ésta, Dios descansará como en el día séptimo y hará descansar en sí mismo al día séptimo, que seremos nosotros. Sería muy largo tratar ahora al detalle de cada una de estas edades. Baste decir que la séptima será nuestro sábado, que no tendrá tarde, que concluirá en el día dominical, octavo día y día eterno, consagrado por la resurrección de Cristo y que figura el descanso eterno no sólo del espíritu, sino también del cuerpo. **Allí** descansaremos y veremos; veremos y amaremos: amaremos y alabaremos. He aquí la esencia del fin sin fin. Y ¡qué fin más nuestro que arribar al reino que no tendrá fin!” (La ciudad de Dios 22, 30, 5).